

MARTÍN CIRIO

el DIARIO de

SANDY



MARTÍN CIRIO

EL DIARIO DE SANDY

 Planeta

EL COMIENZO



—**E**s hoy, amor. Es hoy o nunca.
—No me pongas tanta presión. Tengo pánico por lo que vamos a hacer. Ya sé que es importante, pero necesito sacarle tanta carga, pues me daña a nivel psíquico y estomacal.

¿Qué estoy por hacer?

Me titila el celular. Es otro mensaje de Rodrigo. No quiero abrirlo. Ay, me muero de ganas de abrirlo. Cualquier cosa que diga me puede afectar más de la cuenta. Tengo los pies y las manos congeladas. El corazón me va a explotar.

Ya fue. Lo abro.

—Sandy hermosa, perdón. Me voy a calmar pero yo también estoy nervioso. Ya tengo todo listo y espero que vos también. Me mata de amor imaginarte temblorosa replanteándote toda tu existencia. Confía en mí. Bah, no sé qué me hago el superado si yo también tengo miedo, pero te amo. Hoy empieza el primer día de nuestras vidas. Dios nos acompaña.

Estoy tan del orto que siento que en cualquier momento entro en paro y, con la mala suerte que tengo, no llego a morir sino que quedo cuadripléjica y sin control de esfínteres, cagándome encima y arruinándole la vida a mi mamá. Si Rodrigo piensa que me voy a fumar

este estado, está muy equivocado. Ya no soy la chica que decía: «Quiero vivir todos mis estados y no tapar nada».

Voy al cajón de las remeras y revuelvo hasta que encuentro unas pastillas que me dejan una seda. Tranquilita. Muy serena. Un canto a la vida. Tomo 0,50 miligramos de clonazepam. Pasan quince minutos y me dan ganas de salir a abrazar gente y decirle que la amo. Antes, cuando tomaba, quedaba tumbada, medio pelotuda, pero ahora no. Quedo con mucha paz interior y momentos de epifanía en los que me agarra una sabiduría que viene de algún lugar celestial y bello. Quiero dar una charla de vida.

En la mochila hay poco espacio. Tengo que elegir bien qué quiero llevar. Abro el placar y si es por mí metería todas las camperas, pantalones y tops que tengo, pero leí en un blog de viajes que cuatro tops están bien, y los jeans ocupan mucho espacio y si se mojan tardan en secarse. Meto un par de remeritas, dos polleras y un pantalón largo. Agrego una campera roja rompe vientos que da verdulera, pero las demás se mojan fácil. Ay, ese blog de mierda. No tendría que haber leído nada y ahora estaría feliz con mi campera de cuerina rosa y mis tacos de acrílico. Son las doce de la noche y suena el himno nacional. ¿Será una señal? ¿Así se habrá sentido el Che Guevara cuando empezó su viaje por América Latina?

Cuando era chica miraba *Thelma y Louise*. Quería ser como ellas.irme en un descapotable y vivir una aventura junto a mi mejor amiga, pero Candela es una forra y quiere ser cocinera, y mis otras amigas están drogadas o muertas, salvo Alejandra, mi alma gemela. La conocí en el trabajo hace cuatro años y somos inseparables, pero ahora está saliendo con un tipo que la tiene flechada. Me encantaría que ella fuera mi Louise, pero por ahora no va a poder ser.

Tengo treinta años, vivo con mi madre y trabajo en un *call center*. Soy fan de Marcela Morelo, fan total, de las primeras, de las que sabe que nació en Lanús y su color preferido es el violeta. Soy una Morelera. Ay, ¿por qué estoy escribiendo todo esto? Me estoy confesando como si fuera a morir y esto fuera la única prueba de que estuve viva e intenté ser feliz.

En este momento de la vida estoy estática, pero no siempre fue así. Hasta hace no tanto estaba juntando plata para hacerme un *book* de fotos y empezar a ir a *castings*. Era mi meca: el *book* de fotos para ser famosa como modelo. En realidad, mi aspiración no era ser modelo sino actriz y cantante, pero era muy difícil, así que decidí llegar a través del mundo del modelaje. No todas nacimos princesas con ángel como Marcela. A mí me sobrevuela un murciélago que se la pasa cagándome en la cabeza.

Volviendo al *book*, hasta que no lo tuviera no iba a ir a recorrer agencias de modelos. El problema es que nunca llegaba a ahorrar esa plata. No es que fuera mucha, sino que lo que ganaba lo gastaba en otras cosas, y cuando me preguntaban por mi plan de vida siempre tenía la excusa de «aún no tengo el *book*». Sabía que cuando tuviera esas fotos todo iba a cambiar.

Creo que tardé tanto en hacerlo porque en el fondo sabía la verdad: nada iba a cambiar. Se iba a confirmar mi fracaso, y prefería vivir en la ilusión antes que fracasar, pues mientras tuviera la ilusión, todo sería posible, pero en cuanto fracasara y comprobara que ese no era mi camino, ya no iba a saber a qué aferrarme. Tal vez me hubiese convertido en una mujer de fe, como la pastora Irma. Siempre admiré a esa mujer. Ese pelo rubio con mechas negras. Un sueño hecho realidad. Como Christina Aguilera en *Ven conmigo*.

Finalmente, sí hice el *book*, pero no me moví. Lo mandé a algunos lugares y no recibí respuesta de ninguno. Lo máximo que llegué a hacer fue un video erótico para una página porno. Ni siquiera cobré. «Vos te quedás con el material y podés mostrarlo, esa es la paga», me dijeron. Pensé que iba a ser útil mostrar un video en el que salgo en pelotas, pero jamás me sirvió. Me acuerdo de que llegué al lugar y el tipo me hizo sacar la remera. Yo no entendía nada, pues el aviso decía «buscamos modelos». Flasheé Nicole Neumann. Él me señaló la cama. Fui y me hizo fotos hasta que me pidió que me sacara el pantalón. De ahí a «tocate un poco la pija», pasó un segundo. «¿La podés poner dura?». Me la toqué pero no fue suficiente. El fotógrafo abrió la puerta y llamó a otro chico con el que terminamos dándonos besos

mientras nos sacaba fotos y filmaba. Todo esto fue antes de transformarme en Sandy.

Es cierto que me quejo, pero nunca me jugué entera. Hasta ahora habré ido a tres o cuatro *castings* en mi vida. No quedé en ninguno, salvo en el del video erótico.

Cierro la mochila grande, meto la bolsa de dormir y el aislante a los costados y pongo todo arriba de la cama. En la mochila chica tengo que poner las cosas más importantes, dice el blog.

Luego de ir a esos *castings* mi papá se enfermó de cáncer y murió, mi mamá se deprimió y la ilusión que tenía desapareció. Dejé de ver mi futuro como hasta ese momento. Antes no me importaba qué trabajo agarraba porque total sabía que iba a ser famosa, y además mi brújula en la vida, sacando a Marcela, era, es y será Geri Halliwell. Ella también pasó mucha penuria: para ganar plata bailó en boliches semidesnuda, y en Turquía anunciaba los números de la lotería en una programa de televisión.

Después de la muerte de mi papá vi todo con otros ojos. Me rendí. Me anestesié. Pero lo peor fue que no me di cuenta. Aparentemente todo seguía igual, pero dejé de creermelo parte del plan de Dios. El cuento de hadas de Marcela se había roto y quedé a la deriva, trabajando en el *call center* y sin objetivos.

Pienso en arrancar algunos de los pósteres de las Spice Girls y meterlos en la mochila para mirarlos en momentos de confusión y drama y pensar que si Geri Halliwell, destinada al fracaso, pudo romper con eso y salir adelante, yo también. Claro que la diferencia es que estar destinada al fracaso en Londres no es lo mismo que en Once, donde viví toda la vida.

«Cree en tus sueños y se cumplirán», dice uno de los pósteres. Sí, Geri, eso haré. Es momento de retomar ese sueño tan anhelado y hacerlo realidad. Esta vez es distinto. Lo siento en el corazón. Voy a llegar a los Estados Unidos de Norteamérica y voy a cumplir mi sueño de ser actriz. Volveré a la Argentina como Rocío Marengo cuando volvió de Chile convertida en una estrella total.

Nunca invité a ningún tipo a mi casa. Primero porque tengo

treinta años y vivo con mi madre, como ya dije. Y segundo porque mi habitación es la misma que cuando tenía quince años y quería aprender guitarra para tocar *Viva Forever* de las Spice Girls. Me sentía muy profunda cuando cantaba «Hasta mañana, *always be mine*». (Hasta mañana, siempre sé mío). Le daba el significado que quería. Lo asociaba a un chico que me gustaba y no me daba bola. Yo lo idealizaba y quería que siempre fuera mío. Y cuando cantaba «Hasta mañana, *always be mine*», me miraba en el espejo e imaginaba que se lo cantaba a él, el sorete de Pablo, que ni me registraba.

Una vez intenté un hechizo que saqué de una revista. Me acerqué en un recreo, sigilosa, y mientras estaba distraído le puse un poco de mi pis en un vaso con jugo. Tres amigos suyos me vieron y me fajaron. Me encantó. Quedé renga por una semana. Ese día descubrí que soy una morbosa.

Suena el celular. Es un mensaje de Rodrigo.

—Amor, no me respondiste. ¿Estás bien?

—Sí, negri, estoy hirviendo papa para que no nos caguemos de hambre en el viaje.

Papa, tan bello y noble vegetal. Llenadora. Rendidora. Qué bella es la papa. Leí en una revista que tiene los nutrientes necesarios para mantener el cuerpo en funcionamiento, y es muy sana además. Siempre llevo papas a todos lados: si me agarra hambre en la calle no tengo que parar en un kiosko y comprar Don Satur. A veces la gente me mira raro cuando estoy en la fila del banco y me pongo a comer papa, pero así me mantengo con este cuerpo soñado.

Mi mamá está en la cama. Ayer le puse un sedante en el vino para que duerma la mona hasta tarde. Alejandra me apodó «Doctora Pastilla», porque todo lo arreglo con pastillas.

En la mochila chica pongo la *notebook*, la autobiografía de Geri Halliwell *If Only*, que es mi biblia, todo tipo de documentos y fotocopias, el CD de Marcela Morelo *Manantial* y el último de Axel, a quien también amo. Agarro cinco papas y las pongo adentro de una bolsita, así si transpiran no me dañan la computadora.

Mi vida tiene mucha penumbra, pero no voy seguir así. Me estoy

muriendo. Ay, amo el drama. No, no me estoy muriendo. O sea, es una metáfora. Tipo Borges escribiendo metáfora. Me muero por dentro, eso quiero decir. Se me muere el alma pero mis órganos están bien (o no, pues amo el vino y la sustancia).

Agarro la mochila grande y ajusto las manijas alrededor de la cintura y los hombros. Me pongo la chica adelante. Voy a la pieza de mi mamá y le doy un beso en la frente.

—Tengo miedo, pero no puedo más. Si mañana me muero quiero saber que al menos intenté ser feliz, y con esta vida no estoy intentándolo. Es un piloto automático insoportable que ya no puedo aguantar.

Me encanta darle lata mientras duerme. Parezco una vieja loca, lo sé. Le acaricio el pelo y chequeo que siga respirando porque creo que me zarpé con el sedante. Ojalá siga viva. En la mesa de luz tiene un libro que se llama: *Estoy bien, historias del más allá*. Qué santa. Siempre pensando en papá.

—Mamá, te amo mucho y quiero que recuerdes que si realmente querés algo, el universo conspirará para que eso suceda, como dice Paulo Coelho. Y yo siempre quise esto y ahora se está dando.

Salgo de la pieza, abro la puerta del departamento y cruzo el espacio que me alejará para siempre de mi vida vieja. Lo hago en silencio, espía total, y me tomo un colectivo hacia una estación de micros trucha en Once donde conseguí un pasaje a cuatrocientos pesos. En Retiro estaba novecientos, así que no lo dudé. Prefiero morir antes que pagar más. En dos horas sale el micro a Jujuy, donde espero llegar en veintidós horas.

—Ro, te veo en la estación, te amo.

A partir de hoy escribiré este diario íntimo que espero se convierta en el *If Only* que, cuando me haga famosa, inspire a mis fans a que sigan sus sueños.

Ah, tengo un pequeño secreto que no le dije a Rodrigo, me operé hace poco y ahora soy una chica trans.



4 de noviembre

Son las nueve de la noche. Tengo un olor a cebo que no puedo más. Estoy yendo a Jujuy en un micro trucho que me tomé a tres cuerdas de plaza Once, en la calle Saavedra, porque si quiero que esta nueva vida funcione tengo que empezar ahorrando ya, desde el día uno. El micro no tiene aire acondicionado y hay olor a cuando mi mamá hace caldo. Está lleno de gente que va a la frontera. Subo las escaleras al piso de arriba y me siento adelante de todo, frente a la ventana, del lado del chofer, pues me dijeron que siempre hay que sentarse en la fila del chofer por si choca. Miro por la ventana. Hay mucha gente que saluda a sus familiares. Yo estoy más sola que la mierda. Alejandra no pudo venir a despedirme porque está trabajando. Al lado mío está sentada una señora que me cuenta que trabaja en un telo llamado Imperio Sacro Luis XV. Es la que limpia las habitaciones. Me va a tener que fumar todo el viaje. Le empiezo a dar lata.

—Mi sueño era ser conserja de un telo. Bueno, eso y ser famosa. También quise ser vendedora de ropa en Kosiuko para ponerme esa ropa todos los días, pero cuando fui a la entrevista me preguntaron si sabía inglés, les dije que sí y me preguntaron algo y les respondí yes. Se ve que no era la respuesta correcta porque no quedé.

—Tenés que hacer lo que le digo a mi hijo: estudiar.

—Vos lo decís porque ya estás cumpliendo tu sueño: trabajar en un telo, pero yo todavía no pegué el salto. —La mujer me mira, dañada—. Una vez fui a ese telo con mi tío. Me llevó engañada. Me dijo que íbamos a ver una pieza para cuando cumpliera dieciocho y

me independizara. Cuando terminamos quedé muy perjudicada a nivel espiritual.

Suena el celular, es Rodrigo.

—Amor, el micro está retrasado porque hay un quilombo en la estación. ¿Cómo te sentís? Contame, cerda, puerca.

La mujer relojea el celular y creo que lee el mensaje así que corro el celular y le respondo a Ro.

—Estoy un poco nerviosa, ¿vos?

—Yo también, pero escucho nuestra canción y me tranquilizo.

Sonríó. Pasan unos segundos.

—¿Hola? ¿Ro?

Me quedé sin señal.

—¿Era tu novio? —pregunta la mujer.

—Sí, aunque no nos vimos nunca porque él es de Médanos, un pueblo cerca de Bahía Blanca. Eso sí, nos la pasamos hablando por Skype durante meses.

—Qué moderna, nena. Debés estar muy enganchada para irte tantos kilómetros a conocer a un tipo que te dice cerda puerca.

Mis sospechas eran ciertas: lo leyó, maldita sea.

—Si lo vieras. Es un sueño dorado. Tiene la piel blanca y una sonrisa de galán. Cuando me mira por la *webcam* es como si saliera Dios de la pantalla y me entregara al niño Jesús.

Recuerdo las noches enteras hablando por Skype con la cámara encendida. Para mí era toda una preparación pues la transformación de hombre a mujer la viví durante los meses en que nos enamoramos. No fue fácil. Por suerte la calidad de mi cámara no es buena, y sumado a la iluminación nocturna daba como resultado una imagen pixelada e imprecisa. Podía ser Julieta Prandi o El Negro Rada. Para la voz usaba un modulador que tiene varios modos: voz con eco como si estuviéramos en un teatro, voz de extraterrestre, voz de niña, voz lenta. Yo siempre usaba voz de niña, pero una vez elegí «voz lenta» por error y no me di cuenta hasta que hablé y me escuché. Parecía que estaba en medio de un ACV. Le dije que la conexión andaba mal y por eso salió así. Reinicié Skype, elegí la voz correcta y asunto arreglado. Después

de unos meses mi voz ya era muy femenina gracias a las hormonas. De a poco fui regulando el modulador y bajando la intensidad. Tampoco es que podía pasar drásticamente de la voz de niña a mi voz verdadera.

La mujer me empieza a hablar de su hijo. Va a verlo a Salta una vez por año, hasta que junte la plata suficiente para traerlo a Buenos Aires. Me da pena pero no tengo ganas de hablar de otra cosa que no sea de mí, así que abro el reproductor de música, me pongo los auriculares y escucho nuestra canción yo también: *Amo*, del divino de Axel. Cierro los ojos mientras la mujer sigue moviendo los labios. Entro en una dimensión bella y paralela. La mujer sigue hablando. Me gustaría que muriera.

«No sé de qué tengo miedo, ya nos vimos por cámara, nos mandamos miles de fotos, hablamos por teléfono. Nada puede salir mal», pienso y recuerdo lo que nos dijimos una noche de Skype.

—Sandy, sos la mujer que quiero a mi lado. Sos perfecta. Desde que te conocí redefiní el verbo amar.

—Ay, me derretís cuando decís eso.

Si él supiera que lo que soy no es lo que se imagina. Pero no, no tiene por qué enterarse. No hay forma. ¿Para qué la voy a cagar contándole? Imaginen a Ricky M. contando que es gay en pleno éxito de *María*. ¿Qué hubiera ganado? Nada. Hubiera perdido fans, plata, su carrera. Todo. Yo estoy dejando mi vida, mi pasado. Renuncié al *call center*, al *break* de quince minutos, a los cafés rápidos con Alejandra confesándonos nuestros secretos más íntimos entre llamada y llamada, o poniendo al cliente en espera.

—Señor, aguarde un momento mientras verifico su cuenta.

Ale hacía lo mismo.

—¿Le contaste a Rodrigo lo tuyo?

—Ay, no, boluda, no pude.

—Vivir una relación de mentira no está bueno.

—Alejandra, abortaste la semana pasada y no le contaste a tu novio.

—Ay, bueno, pero es distinto.

Cuando ella miente está bien, pero cuando yo miento es: «No está bueno vivir en la mentira, Sandy».

Esta es la oportunidad que siempre esperé. Soy Marcela saliendo de Lanús y yendo a Jujuy para grabar *Corazón salvaje*.

Son las cuatro de la mañana. Estoy cagada de frío. La vieja de al lado me ofreció taparme con su frazada. Primero me dio un poco de pudor y le dije que no, pero tengo los pezones muy duros y me duelen, así que terminé aceptando. Ahora estamos las dos tapaditas, frotándonos las manos. Las ventanas están empañadas por la respiración de todos. Si salgo de acá sin una enfermedad terminal tengo que estar muy agradecida.

Este viaje es interminable y el asiento es incomodísimo. Me quedo dormida y me despierto al rato muy mambeada, cierro los ojos y me vuelvo a dormir. Esto se repite hasta que ya no puedo dormir más. Me pongo los auriculares y escucho a Marce.

La luz del celular titila.

—Sandy, mi amor, ¡tengo una sorpresa que te va a encantar! Estoy cada vez más ansioso por verte.

—Ay, Ro, sos tan perfecto que siento que no te merezco.

Saco un espejito del bolsillo y me miro. Me saco las lagañas, me humedezco los labios y me pellizco los cachetes para tener algo de color. Estoy muy dañada a nivel corporal. Necesito bañarme (o no #Roñosa).

Antes de Rodrigo no había nada. Me la pasaba garchando. No es que no buscaba enamorarme, al contrario. Desde que empecé a conocer tipos por Internet creé un perfil que decía: «no busco sexo exprés, quiero algo estable», pero después terminaba agarrada a los barrotes de la cama con un viejo lascivo que me empujaba la deposición en sentido inverso. Al día siguiente me llamaba de nuevo pero algo se había roto, a mí se me había ido el amor. Me encanta coger y lo gozo como una burra, pero la emoción me dura muy poco. Con Ro es otra cosa porque empecé al revés. Nos enamoramos con la palabra pero todavía no hizo usufructo de mi cuerpo.

5 de noviembre

Está amaneciendo. Mi reloj dice que son las seis de la mañana, pero capaz hay diferencia horaria. No sé ni en qué provincia estoy. ¿En el Chaco? No lo sé. Una persona acaba de sacar una bolsa, la pone alrededor del culo del hijo para que cague, luego la cierra con un nudo y la deja en el pasillo del colectivo. Qué bello. Es una imagen que me transmite mucha paz. Yo también tengo daño a nivel anal. Estoy a punto de cagar en una bolsita, mas no lo haré pues soy pudorosa. De a ratos me agarra una especie de calambre en el culo por las hemorroides que tengo. Ay, no sé si debería escribir esto. Geri no contaba estas cosas en *If Only* (o sí).

Tipo once de la mañana el colectivo frena en medio de la ruta, en la entrada a un restaurante.

—Tienen media hora para comer algo o hacer sus necesidades —dice el chofer.

Me paro. Tengo las piernas entumecidas. Agarro la mochila del compartimiento de arriba, la abro y saco la bolsita con papas. Sabía que en veintidós horas de viaje me iba a dar hambre. Bajo del micro y me siento en una piedra mientras todos entran al restaurante. El cielo está despejado y hace calor, pero es un calor seco, no como el de Buenos Aires. Saco una papa y me la como entera. La saboreo como si fuera el elixir más bello. Quisiera tirarme en una pileta llena de papas, tipo pelotero, y comérmelas todas. La papa es noble, podés hervirla mucho y comerla tiernita, o poco y comerla dura. A mí me gusta término medio.

Tengo una sensación rara en el cuerpo. Sé que quiero hacer esto y sé que la alternativa es volver a la vida de siempre, que consiste en estar al borde del precipicio bamboleándome, nunca cayendo ni estando del todo segura. A pesar de tenerlo claro, tengo miedo. Es ese tipo de cosas que o sale genial o sale como el orto. No hay punto medio. Varias veces estuve a punto de dar el salto pero nunca lo pude sostener. Hoy sí quiero sostenerlo y que pase lo que tenga que pasar.

Ni bien termino de comer la papa siento que algo va a explotar en mis adentros, así que corro al baño a dispensarme. Mientras hago sentadilla suena el celular. Es Ale.

—Ay, amiga, qué oportuna, ¿no tendrías que estar trabajando?

—¿Y dónde te pensás que estoy? No tengo crédito en el celular. Te estoy llamando desde el *call*.

—¡Cortá que si te descubren te van a echar!

—No te preocupes, estoy re tranca *style*. Hablemos de lo importante. ¿Ya lo conocistes, negri?

—No, todavía no. Nos encontramos en unas horas en Jujuy.

—Ay, no lo puedo creer. ¿Y qué onda si no se gustan? ¿Qué vas a hacer?

—No puede pasar eso. No quiero ni pensarlo. Yo sé que él me va a gustar. Ojalá que yo también a él. Si me vieras ahora, amiga. Estoy acá haciendo fuerza para expulsar. Tengo la cara cagada a tiros.

—Ay, amiga, te admiro, ojalá yo conociera a alguien como Rodrigo y me fuera a la mierda. En unos días viene Ashton K. a Buenos Aires y voy a ir a verlo al hotel. Siempre me hirvió la concha ese tipo. Me muero por estar con él.

—¡Sos una zarpada! ¡Cómo te quiero! Ojalá se te dé como con Howie... ¿Howie era? El que nunca cantaba de los Backstreet.

—Sí, amora, Howie. Pero espero que con Ashton sea distinto. Le dije a una amiga que me acompañe. Te voy a mantener informada. Ahora te tengo que dejar porque se está acercando el *team leader*, mandame mail o algo cuando llegues, ¡te quiero!

—¡Yo también! Cuidate mucho.

Corto y suspiro por el alivio que me causa vaciar mis adentros.

En algún momento de la noche el colectivo chocó contra un auto porque el chofer se quedó dormido. No pasó nada porque fue de costado. O capaz sí y murió alguien. No sé. Yo estaba muy sedada y no entendía nada. Me tomé un clona. Solo quería dormir. Por suerte estaba del lado del chofer así que salí ilesa. Eso sí, el pibe que cagó en la bolsa desapareció. O fue abducido por un ovni o salió expulsado por una ventana. Después de un rato nos subimos a una combi enorme hasta que llegamos a la estación de micros de San Salvador de Jujuy.

—Ro, llegué bien —le digo por WhatsApp.

No le cuento lo que pasó para que no se preocupe. Dios, es tan hermoso. Tengo muchas ganas de verlo, abrazarlo y besarlo con lengua.

Después de dos horas me contesta:

—Amor, estaba durmiendo, perdón que no te respondí. Llego en unas horas. Esto viene muy atrasado. ¡Te amo!

—¡Yo también te amo! ¡TE AMO TE AMO TE AMO TE AMOOO!
—le grito al celular.

No nos conocemos y nos decimos «te amo». Ni nos vimos las caras y decimos cosas tan fuertes que solo Axel podría entendernos. Con Rodrigo no me pasó nada de lo que sí me pasó con otros que también se enamoraron de mí. El problema era que nunca podía superar la tercera cita. Al principio me enganchaba de una, ni bien veía al otro y cogíamos rico, pero después de unos días se me pasaba, y cuando no se me pasaba el otro la cagaba poniéndome presión. Una vez salí con uno, Adolfo, que me encantaba. Estudiante de medicina, trabajaba en un *hostel* para pagarse la facu. Lindo, alto, buena dentadura. Un pendejo delicioso. Estábamos bárbaro hasta que me dijo:

—Me siento tan feliz con vos que me incentiva a estudiar más.

Presión, ¡cuánta presión! En ese entonces esas frases significaban «soy débil y dependo de vos», y al lado mío quería alguien fuerte, que no dependiera de mí ni le inspirara a estudiar. Qué boluda que

era. El amor es otra cosa. Es esto. Es una dependencia del otro que te empuja a crecer. Con Rodrigo crezco. Bah, no sé si crezco, pero me siento llena, como cuando como papa.

—Estoy llegando.

Un micro estaciona. La gente empieza a bajar. Yo estoy en puntitas de pie mirando, pero de repente se junta mucha gente así que me subo a un bloque de cemento, Moyana total. Me tiemblan las piernas. Tengo las manos heladas pero no hace frío. Me pondría una campera. Siempre que estoy nerviosa me agarra un frío impresionante que no se corresponde con la temperatura ambiente. Cada hombre que veo salir del micro y es blanco, alto, con unos kilos de más, me hace flashear que es Rodrigo. Es un segundo nada más, o una fracción de segundo, cuando la cara asoma por la puerta. Ay, me encanta decir «fracción de segundo». Me siento Einstein. Al toque me doy cuenta de que no es él. Me muero de ganas de que sea él y a la vez no quiero enfrentar este momento. Renuncié a todo. Tengo poca guita, me estoy yendo de viaje con un tipo que no conozco, con el que hablé durante meses por chat. Estoy loca. Mi mamá tiene razón. Soy una enferma que cree que la historia de Jack y Rose en *Titanic* es posible. Tengo treinta años pero no siento que haya cambiado mucho de cuando tenía diecisiete. Ay, virgencita, protegeme. Comienzo a recitar una canción que cantaba de niña: *Osana en el cielo, osana en las alturas, bendito el que viene en nombre del Señor*.

Tengo unos pedos que no puedo más. Aprovecho el ruido que hace el motor del micro para tirármelos todos, impune total.

—¿Amor?

Me tocan el hombro y me doy vuelta. Es él. Agarro fuerte la bolsa con papas y lo abrazo. Exploto en nervios. Libero todo. Me pongo a llorar. Se me escapa un pedo fuertísimo. Él no para de reírse y darme besos en los cachetes. Estoy en crisis total. Debo tener la cara toda roja.

—Sentate, amor, ¿estás bien?

—Sí, sí, o sea, estoy tan nerviosa, ay, Dios, ¿qué estamos haciendo? ¿Querés papa? Estoy cagada de hambre.

Abro la bolsita. Hay un papa que se puso verde en un extremo. Lo arranco de un mordisco, la escupo y me como la parte sana. Le doy una a él.

—No, gracias, hace unas horas desayuné en un restaurante.

Rodrigo sí que tiene guita. No es como yo, que cuento las monedas.

—Comé tranquila mientras voy a sacar los pasajes a Purmamarca y ahí te doy la sorpresa. Hoy empieza nuestra nueva vida, amor.

Se va a la boletería. Me quiero morir. Es un gordo con cara de bueno. No sé qué tenía en Skype que lo veía tan bello, tal vez un filtro de esos que te hace la cara de Susana Giménez. Si yo usé un modulador de voz tal vez él usó algo para la cara.

Me meto en el baño de la estación, me saco la remera y me paso un paño húmedo por las tetas. Estoy muy dañada. Tengo olor a radi-cheta. Me pongo desodorante en todos lados. Abro el bolsillo chiquito de adelante de la mochila y saco el pastillero. Me mando una para las hormonas. Tengo que tomar dos por día. Una a la mañana y otra a la noche. Si las tomo juntas, como ya intenté un par de veces, quedo con la voz de Tweety durante dos días, estilo «voz de niña» del modulador. El problema es que a veces no puedo tomarlas en ambos horarios porque capaz duermo con alguien que no sabe lo mío.

Salgo del baño. Rodrigo está afuera con sus mochilas y las mías.

—Amor, estás en tetas.

—¿Qué?

Ay, Dios, me olvidé de ponerme la remera. Soy tan puta que duele. Ni siquiera tengo un registro de cuando estoy vestida y cuando no.

—Tomá tu pasaje. El colectivo sale en media hora.

Vamos hasta un banco y nos sentamos al sol. No hace tanto calor como pensaba. O sea, es el norte. Siempre pensé que la gente acá se cagaba de calor todo el año.

Abro WhatsApp.

—Ay, Ale, no sé qué me pasa. No es tan distinto a Skype pero a la vez sí es distinto. Tiene cara de bueno, de gordo bueno, de esos que te miran mientras dormís.

—Tranquilízate, amiga. Estás en el culo del mundo. No podés hacerte la loca y mandarlo a cagar.

—Pero no me gusta.

—Me dijistes que lo amabas. No se te pudo haber ido todo lo que sentías. Bancá un poco, boluda. Tenés que crecer en algún momento. Ya no da hacer siempre lo mismo.

Cuando Ale me reta así, tan convencida, es porque tiene razón. Ro me pregunta:

—¿Con quién hablás, amor?

—Con mi amiga Ale, le decía que llegamos bien y ya estamos juntos.

Sonríó y me doy vuelta:

—Amiga, hablamos después, te quiero.

Rodrigo me agarra la mano y no para de darme besos.

—Sos hermosa, más que en las fotos, más que en Skype.

—Vos también.

Nos subimos al micro, nos sentamos y a los diez minutos me hago la dormida. No quiero hablar. Necesito pensar, estar conmigo, salir a caminar, escuchar a Marcela. Me siento atrapada. Tengo que cerrar los ojos y hacerme la dormida para estar sola porque de lo contrario Rodrigo no para de hablarme y preguntarme cosas. Además me da besos en la mejilla a cada rato. Estoy segura de que me está mirando en este momento, mientras me hago la dormida. Ay no, no lo puedo creer. Me está susurrando un pasaje de la biblia. Qué bello. Es como una canción de cuna que me transporta.

—Sandra, tenemos que hablar —dice mi mamá. Voy al living y me siento en la mesa. Tengo doce años. Mi papá está con cara de serio—. Nos vamos a tener que ajustar. Ya no te vamos a dar treinta pesos semanales y no vamos a tener más cable, pero no te preocupes, es transitorio.

Me voy a la pieza y pongo el CD de las Spice Girls. Dijo que era transitorio así que no hay problema. En cualquier momento volvemos a la normalidad.

Qué pelotuda fui. Nunca fue transitorio y ese momento irrelevante fue el comienzo del fin. Al principio mi papá mandaba currículums y lo llamaban. Cada entrevista yo la vivía como la posibilidad de salir adelante. Durante las horas que mi papá no estaba en casa me relamía pensando en que cuando llegara nos iba a decir que había encontrado trabajo y todo iba a ser como antes. Celebraríamos comiendo algo caro. Pero nunca ocurrió. De a poco la cantidad de entrevistas bajó y la hora en la que mi papá salía de la cama subió, al igual que las peleas con mi mamá. «Eso de al que madruga Dios lo ayuda es mentira. A mí siempre se me ocurrieron las mejores ideas durmiendo», decía. Yo, estúpida, me indignaba, pero en el fondo le creía. Mi mamá se enojaba y lo cagaba a gritos: «Inútil, no trabajás, no hacés nada, solo consumís». Se re sacaba y le gritaba hasta que se le trababa la mandíbula y quedaba babeando con la boca entreabierta. Yo salía de la pieza y se la enderezaba agarrándole la cara con las dos manos y haciendo presión con una. Este problema de la mandíbula lo tuvo desde siempre y yo lo heredé.

A pesar de los gritos, en algún rincón de su corazón, ella también le creía. Todos elegíamos creerle porque no teníamos otra opción. Elegíamos creerle porque si no lo hacíamos teníamos que aceptar la miseria en la que íbamos a vivir los siguientes años de nuestras vidas.

De a poco la comida fue perdiendo calidad. Al año, cuando se rompió el lavarropas, no tuvimos plata para arreglarlo y lavamos a mano por muchísimo tiempo. También me acuerdo cuando una noche mi mamá me dio un plato con carne y ella se sirvió una papa hervida. Me dijo que la carne le había empezado a caer mal y prefería no comer más. Yo era muy chica para darme cuenta de que había elegido que fuera yo la que comiera porque no había para todos. Aunque hayan pasado los años escribo esto y todavía se me pone la piel de gallina. El mundo a veces es hermoso y a veces puede ser el lugar más triste.